

WILLIAMSON

Henry S. Whitehead

La muerte de mister Williamson Morley ocurrió en la primera quincena de octubre, en San Francisco, sólo un par de semanas antes de que yo me dispusiera a partir de Nueva York hacia St. Thomas, en Virgin Islands, mi residencia de invierno. Estaba demasiado lejos para ir al funeral, aun cuando, siendo un antiguo amigo y compañero de escuela de Morley, debiera haber asistido en circunstancias normales. No sé lo que los Morleys estaban haciendo en San Francisco. Vivían en Nueva York, y tenían un lugar de veraneo en Long Island, y nunca supe que Morley hiciera muchos desplazamientos o viajes por ahí. Le escribí en seguida, por supuesto; una carta larga y cordial. En ella yo sugería que viniera a alojarse conmigo en St. Thomas. Estaba allí cuando recibí su contestación. Aceptaba, y decía que llegaría a mediados de noviembre y que me cablegrafiaría confirmando fechas.

Cuando llegó, causó un auténtico alboroto entre mis criados negros; una impresión, me pareció, más fuerte que la que sus cinco grandes baúles de ropa causarían entre petimetres locales como mi criado Stephen Penn. Soy cualquier cosa menos «psíquico», a pesar de alguna experiencia en varias cosas extraordinarias entre las Islas del Caribe y en diversas partes del globo. En verdad, una de mis principales aversiones es el uso de esta palabra por cualquiera aplicándola a la propia naturaleza de uno.

Pero, "psíquico" o no, no pude menos de percibir ese alboroto, como lo he llamado. Mister Williamson Morley causó en verdad una impresión muy fuerte. Lo menciono porque ello me recordó algo que había enteramente olvidado en el año o más transcurrido desde que había visto a Sylvia, la finada esposa de Morley. Mis criados mostraron un inmediato e inexplicable temor hacia aquel hombre.

No puedo, de veras, usar palabras menos enfáticas. Cuando uno observa que su cocinero se santigua al tiempo que mira con ojos muy inquietos al invitado de la casa, cuando nota que un inequívoco matiz grisáceo reemplaza el brillante color moreno de las mejillas de su criado «Zambo» mientras él mira furtivamente a ese invitado en sus ejercicios matinales para el desarrollo físico, que Morley ejecuta con vigor y placer; cuando uno observa cosas como éstas, apenas puede dejar de preguntarse el porqué de todo esto, especialmente cuando uno recuerda que la finada esposa de ese invitado temía, claramente, a su afable marido

No conocía a Sylvia muy bien, pero sí lo suficiente para tener por cierto que durante el noviazgo de Williamson Morley no hubo ningún elemento de temor semejante en la acogida de sus requerimientos de amores preliminares a un casamiento. Traté, cuando noté esta cosa, empezando no mucho después de la boda, no tanto de explicármelo -lo consideraba como inexplicable que alguien tuviera tales sentimientos para Morley, a quien yo conocía desde que éramos niños, juntos en el mismo banco en Berkeley School, en New York City- como de clasificarla. Encontré que podía darle varios nombres: miedo, aversión y hasta repugnancia.

Era demasiado para mí. ¡Williamson Morley inspirando cualquiera de estos sentimientos, especialmente a la mujer de su corazón! La cosa, se comprenderá, era totalmente ridícula. Nunca hubo, no podía haber, un hombre más amable, normal, sencillo y razonable que el propio Morley. Era, y siempre había sido, bonachón en extremo. Era la clase de hombre que le dejaría a cualquiera darle una bofetada, y se reiría de ello, sin siquiera el pensamiento de devolver el golpe. Siempre había tenido un agudo sentido del humor. Era generoso, y rico. Había heredado considerables bienes de sus padres, y había ganado mucho más en su oficina de Wall Street. Williamson Morley era lo que algunos llaman "un buen partido", para cualquier mujer.

Conociéndolo tan bien como yo lo conocía, parecía un poco duro que su esposa, a la cual él de veras quería, se tomara las cosas del modo que lo hacía. Morley nunca dijo nada sobre ello, ni siquiera a mí. Pero yo pude ver lo que ciertos novelistas llaman «la traza del sufrimiento en sus ojos» más de una vez.

La bondad de Morley, más parecida a la de un benévolo perro grande que a cualquiera otra cosa, que yo pudiera compararla, era notoria. La atención para con su esposa y su trato, durante los seis o siete años de su vida de casados, bastante de lo cual vi con mis propios ojos, era exactamente lo que cualquiera que lo conociera muy bien esperaría de él. Sylvia había sido una muchacha relativamente pobre. Casada con Morley, tuvo todo lo que una mimada querida de un hombre muy rico pudiera desear. Morley la gratificó, prodigándole bienes, gracias, privilegios innumerables....

Sin embargo, a través de todo ello corría esa inequívoca señal de una extraña inquietud, de cierta insinuación de miedo en su presencia por lo que toca a Sylvia.

Lo atribuí a terquedad pura y simple después de verlo por el primer año o cosa así. No hice ninguna conjetura, ustedes comprenden, acerca del «interior» de Morley para con su esposa. No había «bluff» en el hombre, nada parecido a engaño o falsedad. Le he visto mirar a Sylvia con una expresión que casi hacía asomar las lágrimas a mis ojos: una compuesta expresión mezclada de respeto y afecto, y perplejidad y una especie de subyacente pertinacia, como si estuviera diciendo, mentalmente:

«Bien, querida, he hecho todo lo que sé para que las cosas vayan bien y tenerte feliz y contenta, y lo continuaré haciendo indefinidamente, esperando que veas que te quiero de veras. Haría, cualquier cosa por ti, y deseo descubrir lo que está mal hecho para. enderezarlo.»

Esa invencible bondad de que he hablado, esa tranquila manera de pasar a través de la existencia dejando que le abofeteen a uno y no devolviendo la bofetada, que fue siempre característica de Williamson Morley, no era, me apresuro a aclararlo, en el más pequeño grado debida a una falta de capacidad por parte de Morley para cuidar de sí, físicamente o de otro modo. ¡Todo lo contrario! Morley habla sido. Con mucho, nuestro mejor gimnasta en los años de escuela. Conservaba el récord interescolar en el lanzamiento de pesos de doce libras y el manejo del martillo de doce libras, récords que, creo, todavía se mantienen.

Era lento y un poco torpe con los pies, es cierto, pero como púgil y luchador era sencillamente invencible. Nuestro entrenador de la escuela, Ernie Hjertberg, me dijo que Morley era el mejor atleta menor que había tratado en su vida, y Ernie tenía un largo y honroso historial.

Morley continuó con esto en el colegio. En verdad, devino una celebridad, en parte por su sucesión de lanzamientos de pesos de dieciséis libras, que batieron el récord, y el formidable levantamiento del martillo; estos dos hechos eran una ventaja para Haverford siempre que su excelente peso pesado competía durante sus cuatro años en esa institución. Abandonó el pugilato después de que casi matara al hombre de Yale que era campeón de peso pesado cuando Morley era estudiante de primer año, en el primer «round».

Fue campeón intercolegial de lucha de todos los pesos durante tres años y medio. ¡Observarle mientras contendía con los mejores era como observar a una madre que está acostando a su nene! Morley sencillamente echaba a un lado todos los esfuerzos para obtener alguna ventaja sobre él; agarraba a su adversario, y lo echaba sobre su espalda, y lo mantenía allí lo suficiente para registrar la caída; y entonces se levantaba con una de esas suplicantes sonrisas en su rostro, que parecía querer decir:

«Detestaba hacerte eso, viejo; espero que no te haya dañado mucho.»

A lo largo de toda su carrera atlética en la escuela, durante los cuatro años que estuvimos juntos allí, mostró sólo un extraño rasgo. Ese, en las circunstancias, era muy sorprendente. Morley nunca se metía bajo la ducha. No. Una limpieza en seco era, para él, siempre suficiente. Era un mozo peludo, como muchos hombres de muy fuerte constitución, y le he visto muchas veces, después de un hecho deportivo o un vigoroso ejercicio en nuestro campo de atletismo o en días de invierno en el gimnasio, brillante de genuino sudor, de tal manera que parecía como si estuviera barnizado con laca. ¡Sin embargo, nada de duchas para Morley! Sólo cuatro o cinco toallas secas, luego el usual masaje de los músculos y frotamiento con alcohol después, invariablemente con los zapatos de pista o gimnasio puestos.

Eso, en su estilo, era otra, y la última, de las singularidades de Morley. Desde el principio hasta el fin, nunca, que yo sepa, se quitó, ni siquiera para masajes de los músculos en las hábiles manos del Negro Joe, nuestro masajista, los zapatos que había estado llevando, ni, por supuesto, las gruesas medias de lana que siempre usaba bajo los mismos.

Cuando se le hacían preguntas sobre sus lavados en seco, Morley siempre respondía, con su inagotable bondad, que eso era una regla para él. Creía en la limpieza al seco. Eludía la dificultad y la crítica en esta extraña idea suya, porque Ernie Hjertberg, cuya palabra era ley y cuyas opiniones eran oro y joyas para nosotros, le apoyaba en ello. Muchos de los atletas de más edad, decía Ernie, preferían la limpieza al seco, y hasta una generación antes, nadie habría pensado en tomar una ducha después de una lucha deportiva o un ejercicio de atletismo.

Por tanto, fue asunto decidido que Williamson Morley se limpiase en seco mientras el resto de nosotros gozábamos bajo los chorros de alternada agua fría y caliente y estábamos frescos y cómodos mientras que Morley a lo menos parecía medio cocido, rojo, e incómodo después de sus simples frotaciones con las toallas.

Estaba, además, enteramente claro para el resto de nosotros que la limpieza en seco de Morley era adoptada por determinados motivos éticos. Que Morley era un bañista -en casa- era enteramente evidente. Era, aparte de ser con mucho el mozo más bien vestido en una muy acicalada escuela de «buen tono» de New York City, el mismísimo dechado y perfección del aseo. A la verdad, si no hubiera sido por la admirable disposición de Morley, su dominio de sí mismo, y magnífico desarrollo muscular y su notable superioridad atlética entre nosotros -nuestros equipos de fútbol con Morley como jugador eran sencillamente invencibles, y sus desmedidamente largos brazos le hacían invicto en el tenis-, en la escuela muy probablemente le habrían considerado un «petimetre».

Un lanzador de pesos, si hubiera sido cualquier otro que Morley, que, por muy modestamente que lo haga, muestra una nueva manicura dos veces a la semana a la crítica edad de quince o dieciséis años, es... bien, era Morley, y todo lo que a Morley se le antojara hacer entre nuestro grupo, o, en verdad, cualquier grupo de su edad en New York City en aquellos tiempos, era algo que demandaba respetuosa imitación, no crítica adversa. Morley dictaba la moda para la más distinguida escuela de Nueva York durante los cuatro o cinco años que él y yo, Gerald Canevin, fuimos compañeros allí.

Fue cuando teníamos dieciséis años que el caso del divorcio de Morley saltó a las primeras páginas de los periódicos amarillos durante las cinco semanas de su fantástico curso en las salas de los juzgados.

Durante este período, yo, había sido un constante visitador en la casa, en Madison Avenue, donde Williamson, hijo único, vivía con sus padres, por algún tácito sentido de la oportunidad de las cosas, me abstuve de hacer una visita inesperada, los sábados o después de las horas de escuela. Posteriormente, *Mistress* Morley, que había perdido la causa, trasladóse a un apartamento en Riverside Drive. Williamson acompañó a su madre, y mister Morley continuó ocupando la antigua vivienda.

Pasó bastante tiempo, un año o más, antes de que Williamson hablara de sus asuntos familiares conmigo. Cuando empezó a hacerlo, mostróse impetuoso, como si hubiera querido hablar de ello a un amigo íntimo durante mucho tiempo y se hubiese mantenido alejado del asunto por decencia. Deduje de lo que dijo que su madre no tenía la culpa en modo alguno. Esto no era meramente caballerosidad por parte de Williamson. Hablaba reticentemente, pero con una firme convicción. Su padre, parecía, siempre había, en tanto que podía recordar, sido algo «ruín» para con la dama más afable, más generosa y sincera que Dios había hecho jamás. La actitud de Morley, el viejo, según deduje, sin, por supuesto, estar informado de la posición de ese caballero en el asunto, siempre había sido extraña y un poco sarcástica, no solo para *Mistress* Morley, sino también para Williamson.

Era, decía Williamson, como si su padre le hubiese tenido aversión desde el nacimiento y, le considerara como una especie de ser inferior. Esto había sido mostrado, uniformemente, por una general actitud de despreciativa indiferencia para con madre e hijo hasta donde el recuerdo que Williamson tenía de su padre podía llevarle.

Era, según Williamson, tanto más ofensivo e injusto por parte de su padre, porque, no mucho tiempo antes de su propio nacimiento, su madre había pasado por una horripilante experiencia, algo fuera de lo ordinario, la cual, convinimos Williamson y yo, debiera haber marcado a cualquier hombre que se tenga por tal, considerado para la media mujer que *Mistress* Morley era, por el resto de su vida natural.

Mister Williamson y su esposa hacía, parece, unos cinco años que estaban casados; no tenían hijos todavía, y vivían en la Isla de Barbados, en el Bajo Caribe. Su casa era una finca, «en el campo», pero bastante cercada para la ciudad principal, Bridgetown. Muy cerca, en la misma finca contigua, de hecho, habla un viejo excéntrico, el cual era un retirado coleccionista de animales. Mister Burgess, el vecino, había estado metido en esa ocupación durante muchos años antes de su retiro, debido a un maligno zarpazo que recibiera en los montes de Nepaul, de los Hagenbecks y Wombwells.

La destacada rareza de mister Burgees era su afecto a «Billy», un crecido orangután al que, como el individuo de la horrenda novelita de Kipling, *Bimi*, trataba como un hombre, o tenía a la mesa consigo, había enseñado al animal a fumar y a hacer toda esa clase de cosas. Los negros, en varias millas a la redonda, estaban en un estado de sostenido terror, decía Williamson.

En verdad, la trama de la novelita *Bimi* era casi representada de nuevo allí en Barbados, sólo que con un sesgo algo diferente. Los muchachos en la escuela leíamos a Kipling, y *Sherlock Holmes*, y la serie *Wolfville* de Alfred Henry Lewis, en aquellos años; y *Bimi* fue invocado como familiar para nosotros dos cuando Williamson me contó lo que había sucedido.

Parece que el orangután y *Mistress* Morley eran grandes amigos. Al viejo Burgess no le gustaba mucho eso, y Douglas Morley, el padre de Williamson, hizo una espantosa baranda sobre ello. Por último prohibió terminantemente a su esposa salir a una distancia de cien yardas de la quinta de Burgess a menos que fuera para pasar por enfrente con el coche.

Mistress Morley era una mujer razonable. Escuchaba las advertencias de su marido tocante a la perfidia de los grandes simios, y el peligro a que se exponía en cosas tales como el manipular el orangután un cigarrillo, y de bastante buena gana accedió a mantenerse enteramente alejada de la quinta de su vecino en tanto que al animal se le tuviera allí en libertad y no, como mister Morley formalmente exigía de Burgess, encerrado en una adecuada jaula. Mister Morley hasta apeló a la ley para la sujeción de una peligrosa bestia salvaje, pero no pudo, parece, lograr el permanente encierro en una jaula del extraño animal mimado de Burgess.

Luego, una noche, volviendo a casa tarde de una Gentlemen's Party en alguna parte de la isla, mister Morley había entrado en su mansión y hallado a su esposa insensible, yacente sobre el suelo en el comedor, la mayor parte de su ropa arrancada de ella, y grandes cardenales y magulladuras por todo su cuerpo, en donde el orangután la había atacado.

Mistress Morley, fluctuando entre la vida y la muerte durante días seguidos con un serio caso de conmoción fisiológica, no podía dar razón de lo que había ocurrido, fuera de la sorprendente aparición de «Billy» en la abierta puerta, y su salto hacia ella. Había misericordiosamente perdido el sentido, y pasaron un par de semanas antes de que pudiese siquiera hablar.

Mientras tanto, Morley, no perdiendo tiempo, había sacado un par de sus negros de la finca rural, los había provisto de linternas hechas especialmente para resistir el viento, para luz en una noche oscura y sin estrellas, y, descolgando su rifle Martini-Henry para elefantes, y en seguida cargando la cámara con balas explosivas, salió tras el orangután, y redujo al animal, muy justificadamente por supuesto, a un montón de sanguinolenta pulpa.

Morley había, otra vez casi justificadamente, nos parecía a Williamson y a mí, sido refrenado sólo por sus dos hombres, que lo desarmaron, para que no le pusieran una cuerda al cuello y lo mandaran al otro mundo, por deshacerse de su vecino, Burgess, con el último de los cartuchos explosivos. Así como así, aunque Morley era un hombre de gran fuerza física, siendo de floja constitución y siempre de salud un poco precaria, había dado un ejemplar castigo con sus dos manos al fatuo ex-coleccionista de animales salvajes, el cual fue por largo tiempo recordado en la leal colonia de Barbados, British West Indies, de Su Majestad el Rey Eduardo.

Era, como la abuela materna de Williamson le había confiado, casi como si este horrible incidente hubiera trastornado el juicio de mister Morley. El propio Williamson llegó al mundo al cabo de un año, y Douglas Morley, que había en el ínterin vendido enteramente las propiedades de azúcar en las que fuera invertido la mayor parte de su dinero y el de su joven esposa, se había trasladado a Nueva York, donde estableció un negocio de corretaje, que Williamson heredó dos años después de su graduación en el colegio, al tiempo de la muerte de su padre a la un tanto temprana edad de cuarenta y siete años.

Douglas Morley, según el relato de su abuela y su propia experiencia, había incluido a su hijo en la extraña actitud de aversión y despreciativa indiferencia que el arruinador incidente con el orangután parecía haber traído a la existencia.

No estábamos fuera de la escuela cuando la señora Douglas Morley murió, y Williamson volvió a la casa de Madison Avenue para vivir con su padre.

Mister Morley mandó construir una especie de apartamento para él, enteramente separado de su propia parte de la casa. No podía, parece, soportar el tener a Williamson a la vista, aun cuando su clara obligación y uso y costumbre ordinarios hacían un deber para Morley el compartir su casa con su hijo. Los dos se veían tan poco como era posible. Williamson había heredado los bienes de su madre, y éstos su padre los administraba por él, pues como he de indicar para su justiprecio, de un modo admirablemente competente y concienzudo, de suerte que Williamson era ya un hombre acaudalado mucho antes de que la muerte de su padre casi duplicara sus riquezas materiales.

He entrado en este detalle porque quiero acentuar cuan lamentable, me parecía a mí, era la extraña actitud de Sylvia, la cual he descrito, para con uno de los mejores y más bondadosos hombres en el mundo, después de una niñez y mocedad tales como a las que él habla estado sujeto por causa de algún oscuro punto de vista fisiológico de un padre muy raro, de lo cual, por supuesto, él mismo no era en modo alguno responsable.

Bien, ahora también Sylvia había muerto y Williamson Morley estaba otra vez solo en el mundo por lo que toca a la pérdida de parientes cercanos, y libre para hacer por ahí lo que quisiera.

Su único comentario, ahora que estaba por presunción instalado aquí conmigo por el invierno, sobre su difunta esposa, quiero decir, fue muy sencillo, no relacionado con cualquier cosa que había sido dicha o a la que se hubiese aludido siquiera, en respuesta a mis cuidadosamente formuladas primeras palabras personales de sentimiento por su pérdida.

-Hice todo lo que pude, Gerald.

Había un mundo de significado, un resumen de callado sufrimiento, paciente y, estoy seguro, valientemente aguantando en esas pocas y sencillas palabras tan propias de Williamson Morley.

Ciertamente, una vez, se refirió a su madre durante su visita a mi casa, la cual duró varios meses. Fue a propósito de pedirme ayuda en el trabajo de clasificar y ordenar una gran cartera de documentos jurídicos y otros, que había traído consigo, la documentación relacionada con un ajuste final de sus asuntos financieros. Se había deshecho de su negocio de corretaje inmediatamente después de la muerte de su esposa.

Encontré varias actas familiares -testamentos semejantes - entre estos documentos, y observé, mientras los clasificaba y le ayudaba a Morley a ordenarlos, sentado frente a él junto a la gran mesa en la galería del lado oeste de la casa, los nombres de varios parientes suyos: Parkers, Morleys, Graves, Putneys; pero una total ausencia del apellido Williamson. Yo le había preguntado, sin particular intención, apenas siquiera curiosidad por una cosa tan insignificante, si no había algunos parientes que se llamaran Williamson.

-Es una cosa extraña, Gerald -dijo reflexivamente Morley, en su peculiar voz profunda y suave-. Mi pobre madre siempre... bien, sencillamente detestó el nombre. Supongo que fue por eso que me lo pusieron: ¡porque a ella no le gustaba! Tú sabes, cuando nació -fue en Nueva York, en el Roosevelt Hospital- mi madre estuvo muy cerca de la muerte. No era una persona muy robusta o fuerte, y yo era... más bien un nene grandote... ¡pesaba dieciséis libras, algo atroz, al nacer!

»Cosa rara también, ¡yo mismo estuve cerca de la muerte durante los primeros días, dicen! Mal nutrido. Suena a ridículo, ¿no es verdad? Sin embargo, ese fue el dictamen de tres de los más notables tocólogos de Nueva York que fueron consultados en el caso.

»Bien, parece, cuando yo tenía unos diez días y estaba fuera de peligro, mi padre vino en su coche -era un «Winton», creo, de aquel tiempo, o quizás un «Panhard»- y me llevó en él para ser bautizado. Mi madre estaba aún en un peligroso estado -no la dejaron levantarse durante un par de semanas o cosa así después de eso- y él mismo escogió ese nombre para mí, por lo cual ¡he sido «Williamson» desde entonces!

Realmente, lo pasábamos muy bien juntos. Morley era popular entre la gente de St. Thomas desde el mismo principio. Era demasiado sensato para andar quejumbroso o abatido y aun cuando exactamente, no corría tras la diversión, salíamos bastante, y hay bastante en St Thomas para decidirse uno a salir y visitarlo -actualmente, o en aquel tiempo, hace dos años, antes que el Programa de Economía del presidente Hoover sacara el personal de nuestra marina de St. Thomas.

La afabilidad de Morley, su acopio de historietas, su generosa actitud hacia la vida, la destacada benevolencia y compañerismo del hombre, le trajeron una multitud de nuevos amigos, la mayor parte de los cuales eran mis antiguos amigos. Me alegraba de que mi disposición para el pobre Morley -haciéndole venir aquí y alojarse en mi casa conmigo ese invierno- estuviera dando resultados tan espléndidos.

Fue en compañía de no menos de cuatro de estos nuevos amigos de Morley, oficiales de marina los cuatro, que él y yo doblamos la esquina cerca del Grand Hotel una mañana hacia las once y nos metimos en un lío. El marino británico de la Armada es, cuando está normal, uno de los más respetuosos y apacibles tipos vivientes. Es, como he observado más de una vez, completamente diferente cuando está borracho. La docena o cosa así de marineros británicos con que tropezamos en aquel momento, desembarcados de la corbeta *Amphirite*, que estaba en el puerto de St. Thomas, eran un grupo de seres humanos tan asquerosos y truculentos como nunca he tenido el infortunio de encontrar. No sabe uno en dónde habían alcanzado su actual estado de semiembriaguez, pero no cabía duda acerca de la disposición de ánimo de todos ellos.

-¡Eh, altiva cuadrilla de oficiales de alto gradodd...! -saludó el enorme «hijo de Londres» que parecía ser el jefe del grupo, mirando ferozmente a los cuatro uniformes tropicales de dril blanco con sus insignias, y rudamente empujando al teniente Sankers, a cuya casa nos estábamos encaminando esa mañana-. Creéis que sois los dueños de todo el maldito universo, ¿eh? ¡Yo os enseñaré!

Y con esas palabras, el enorme valentón, excitado por las surgentes befas de su séquito que, de algún modo, se las habían arreglado para eludir la Policía Costera de su barco hasta ese momento, abalanzóse pesadamente sobre Morley, agarrándolo primero de los dos brazos y dejando las señales de porquería de un par de muy sucias manos en la immaculada chaqueta de dril blanco. Luego, mientras Morley quietamente se soltaba retorciéndose, sin levantar una mano contra esta agresión, el grueso marinero británico le cruzó la cara con una sonora bofetada.

Todo este lance, por supuesto, no se prolongó más de unos segundos. Pero yo tuve tiempo de sobra, para observar el rojo bochorno de una repentina, y, juzgué, inaudita, ira en el rostro de Morley; pude notar la viva tirantez de sus formidables músculos, el repentino tensamiento de su largo brazo derecho; la hermosa, bien cuidada mano endureciéndose delante de mis ojos hasta convertirse en un grande y amenazante puño; el súbito fulgor de sus ojos pardo-oscuros, y entonces... entonces, apenas podía creer lo que veía con mis propios dos ojos, William Morley, con su buen par de Pies, estaba huyendo, huyendo a toda prisa. dejando a su adversario que le había cruzado la cara; dejando al resto de nosotros formando un apretado y pequeño grupo y en una extremadamente desagradable situación en aquella esquina.

Y entonces... bien, los vigorosos y severos tonos del teniente de navío Anderson hendieron el consternado silencio que en un instante se había producido. Anderson había aprovechado el «momento psicológico» para dirigirse a estos marineros que descuidaban la disciplina. Les vituperó en un cortante idioma vernáculo de ningún modo inferior al de ellos. Los acribilló, enardeciéndose en su tarea.

Anderson los hizo estar atentos, varios inmóviles y con la boca abierta ante su extraordinaria pericia en el vituperio, al tiempo que la doble patrulla de la Policía Costera de su barco daba la vuelta a la esquina con las porras en mano; y a las afectuosas gracias de ese eficiente y totalmente sereno grupo, los dejamos.

Anduvimos a lo largo en completo silencio, con el proceder de Morley dominando claramente los pensamientos de todos nosotros, como si fuéramos cinco hombres-anuncios con la inexcusable cobardía de Morley proclamada en nuestras colgantes tablas de letreros delante y detrás.

Le encontramos al pie del tramo de curva escalera, con su realmente hermoso pasamano de metal forjado, que conduce arriba a la alta entrada de la casa del teniente Sankers. Subimos la escalera y entramos en la casa juntos, y cuando nos hubimos quitado nuestros sombreros y pasado al interior del «hall», o estancia, se hizo un silencio penoso. Yo no podía hablar aunque de ello dependiera mi vida; no podía ni siquiera mirar a Morley.

Había, además, pasando por mi cabeza, un medio susurrado trocito de gruesa, indígena, de negros, habla santomasiana, una observación en dialecto, hecha para sí, por una anciana negra que había permanecido, horrorizada, muy cerca, y la cual había presenciado nuestro acosamiento y el fiasco de la ignominiosa retirada de Morley después de que le cruzaron la cara. La vieja había musitado:

«Él, obrando para salvar su propia alma, el hombre... ¡Dios conserve al hombre firme!»

Y mientras estábamos allí, y el denso silencio se estaba haciendo sencillamente más insoportable, Morley, el cual con toda seguridad no había oído este comentario de la piadosa vieja, comenó, sosegadamente, con esa melosa y profunda voz de barítono suya, a hacer una declaración confirmando justamente las palabras de la anciana.

-Ustedes, compañeros, se están admirando de mí, naturalmente. ¡No estoy seguro de que siquiera Canevin comprenda! Ustedes saben, me he permitido ponerme realmente colérico tres veces en mi vida, y la última vez tomé la resolución de que nada, nada imaginable, volvería a ponerme así. Me he acordado escasamente a tiempo esta mañana,

caballeros. La última vez, ustedes comprenden, me costó tres semanas de suspensión, casi me arruinó, esperando a que un alborotador al cual yo había golpeado, muriera o se recuperase -había fractura combinada- y sólo lo golpeé ligeramente, ¡creía yo! ¡Miren! -exclamó mientras, mirando a su alrededor, observaba cierta social falta de comprensión en los cinco rostros de su auditorio.

Y, estirando uno de esos desmedidamente largos brazos suyos hacia donde colgaba un viejo mosquete con cañón de hierro forjado, obviamente un «adorno» en la casa de Sankers, alquilada amueblada, bajó la cosa, y sin aparente esfuerzo por cierto, con las dos manos, separó la caja del gatillo y el cañón, y entonces, todavía simplemente con las manos, no usando una rodilla para presión entre ellas como sería el obvio y natural método para una tentativa de cualquiera de tales actos de destreza, con un golpe dobló el grueso cañón en ángulo recto.

Permaneció allí, teniendo así la cosa que había tomado un extraño aspecto a nuestra vista, y entonces, mientras estábamos estupefactos y fascinados, con otro movimiento de las manos, y haciendo algún esfuerzo esta vez y un hercúleo forcejón que hizo que las venas del su frente destacaran de repente y el sudor brotara súbitamente sobre su cara, en la que la señal de la mano del grueso marinero británico ahora era de un rojo subido, Williamson Morley dobló el cañón del arma otra vez en una aproximada fidelidad a su posición anterior, y la puso sobre la mesa de la estancia de Sankers.

-Vale más de la manera que está, ¿no creen? -observó, sosegadamente, quitándose el polvo de las manos-, más bien que, probablemente, haber matado a ese mocetón de Limehouse -quizás a dos o tres de ellos, si se hubieran metido para ayudarle-. Luego, en un tono algo alterado, un tenuemente perceptible indicio de vehemencia presente en él, añadió: ¡Creo que ustedes concordarán conmigo, caballeros!

Imagino que todos estábamos embobecidos ante la increíble proeza que acababa de presenciar, para apartar nuestros pensamientos muy aprisa de eso; Sankers, nuestro anfitrión de momento, fue el más rápido en recobrase.

-¡Buen Dios! -exclamó-, por supuesto... un poco... o, mucho. ¡Hombre! ¡Buen Dios! ¡Meros huesos y carne de marinero de Londres bajo esas manos!

Y entonces el resto de ellos expresaron su concordancia. Era un completo, casi un penoso cambio repentino por parte de todos. Yo, que conocía a Morley de los años de mi niñez, había comprendido su punto casi, como ocurrió, antes que él hubiera empezado a demostrarlo; ya en el momento en que había procurado alcanzar el viejo mosquete colgante de la pared. Sencillamente, le llamé la atención y guiñé un ojo, alineándome con él como contra cualquiera posible adversa conclusión de los otros.

Esto, por supuesto. en la forma de una selecta historia, extendióse por todo St. Thomas, el St. Thomas blanco, negro y «de color», a las veinticuatro horas, y la gente transitando por las calles empezaba a volver la cabeza para mirarle curiosamente, como habían hecho los negros desde su llegada, cuando Morley pasaba entre ellos.

Escasamente podía dejar de comprender el modo cómo mi propia servidumbre reaccionó a esta nueva información sobre la fuerza física del forastero dentro de la casa. Stephen Penn, el criado, casi nunca miraba a Morley ahora; excepto por el método conocido entre los negros de las Antillas como «cutting his eyes», que significa una mirada de soslayo. Esmeralda, mi extremadamente devota cocinera, pareció aumentar la gran cantidad de sus canturreados himnos-tonadas y frecuentemente susurraba oraciones con que acompañaba su trabajo.

Y una vez, cuando la chica de mi lavandera le vislumbró mientras él cruzaba el enlosado patio hacia la entrada lateral de la galería oeste, la única prenda de esa niña negra como el carbón se puso tiesa frente al vientecillo producido por su huida hacia la puerta de la cocina y la seguridad.

Fue Esmeralda, la cocinera, quien realmente ocasionó la serie de situaciones que aclararon los unidos misterios de la actitud del padre de Morley para con él, la obvia sensación de temor de su difunta esposa, y la uniforme reacción de todos los negros de St. Thomas a quienes yo había visto en contacto con Morley. El desenlace ocurrió no mucho después de la demostración de Morley en casa del teniente Sankers esa mañana de nuestro encuentro con los marineros.

Esmeralda había estado haciendo una prueba experimental con aceite de coco, una operación, según era efectuada en las Antillas, que implicaba la ebullición de un gran caldero de agua. Esto, preparado al aire libre y atentamente dirigido por mi cocinera, comprendía días a intervalos. En el agua hirviendo, Esmeralda echaba el contenido de copra de varias cacerolas, la blanca carne sacada de las nueces maduras. Después que el aceite había sido expelido y mientras que estaba sobrenando, a este no refinado producto se le quitaba la capa de la superficie, y era metida más copra dentro del cacharro. La operación final era manipulada adentro, con una caldera mucho más pequeña, en la que el aceite al cual se le había quitado la capa de la superficie era reducido por medio de la cocción, en una operación local de refinación.

Fue durante esta etapa final en su preparación del aceite para la casa, que la anciana Esmeralda, de alguna manera de la que nunca, realmente, supe la cabal explicación, dejó que el aceite ardiera, y, en sus esfuerzos por apagar la llama, el fuego prendió en su vestido. Sus fuertes chillidos que expresaban espanto más bien que dolor, pues el llameante aceite de hecho no llegó a la piel de la vieja, atrajeron a Morley, el cual estaba solo, leyendo en la galería, hacia la puerta de la cocina a toda prisa. Vio en seguida lo que había ocurrido, y, cogiendo una vieja esterilla usada como trapo de faena para el suelo que Esmeralda tenía cerca de la entrada, avanzó sobre la mujer para apagar el fuego.

En esto Esmeralda chilló de nuevo, pero Morley, no teniendo la más pequeña idea de que su repentina respuesta a los gritos de socorro de ella habían servido para asustar a la vieja hasta casi darle un ataque, simplemente arrolló la esterilla alrededor de la pobre Esmeralda y apagó las llamas. Quemóse seriamente las dos manos en la operación, y el doctor Pelletier las curó con una inmersión en más aceite de coco y liólas con un par de vendas sobre tejido de goma para mantenerlas húmedas con el baño de aceite dentro, de tal manera que las manos de Morley se parecían a las de un pugilista con los guantes puestos. Estos preparados semejantes a pudín, el doctor Pelletier pidió seriamente a su paciente que no se los quitara durante por lo menos cuarenta y ocho horas.

Nos fuimos a casa en coche y rechacé una cita para una cena para la noche siguiente, ofrecida por Morley, bajo el pretexto de que él no podía comer. Se las arregló, con todo, para usar una escudilla de sopa entre sus manos en casa esa noche, y mientras tenía un par de dedos libre fuera del vendaje en la mano izquierda, me aseguró que podía muy fácilmente hacer que las vendas no le estorbaran. Me olvidé enteramente de su probable problema esa noche, y no fui a su cuarto para ayudarlo como había cumplidamente pensado hacer.

No fue hasta el día siguiente a la hora del almuerzo que me di cuenta de que Morley estaba enteramente vestido, aunque llevando zapatillas en las que podía meter los pies, en lugar de zapatos, y preguntándome yo cómo se había manejado. Había ciertos detalles, se me ocurrió, que eran del todo imposibles para un hombre con las manos embozadas, a excepción de los dos dedos exteriores en la mano izquierda, como estaba Morley. La corbata de Morley estaba anudada con la cuidadosa precisión usual; su pelo, como siempre, estaba cepillado con una meticulosa exactitud. La hebilla de su cinturón estaba trabada.

Traté de imaginarme atendiendo a todos estos detalles de compostura con los dos pulgares y seis de mis ocho dedos fuera de servicio. No podía. Era demasiado para mí.

No le dije nada a Morley, pero después del almuerzo pregunté a Stephen Penn si él había ayudado a mister Morley a vestirse.

Stephen dijo que no. Se había ofrecido para hacerlo, pero Mister Morley le había dado las gracias y respondido que no iba a ser necesario.

Yo estaba desconcertado.

La cosa no se fue de mi pensamiento toda esa tarde, mientras Morley estaba sentado allá afuera en la galería oeste con la mole de la casa entre él mismo y el sol y leía varias revistas. Salí por último, solamente para observarle mientras volvía las hojas. Hacía esto sin dificultad, sosteniendo la revista al través de su antebrazo derecho y asiendo el ángulo superior de la derecha de una ,terminada página entre los dos dedos libres y el vendaje mismo cada vez que se hacía necesario volverla.

Esa acción relativamente sencilla, vi, no era ningún criterio.

La cosa volvía a inquietarme. Estuve aguardando, esperando una buena oportunidad.

Unos diez minutos antes de la comida, llevando la bandeja de plata, con un retinente jarro y un par de altos y finos vasos, seguí adelante hacia la puerta del cuarto de Morley, llamé, algo torpemente hice girar el tirador de la puerta, mi otra mano balanceando la bandeja momentáneamente, y entré. Había esperado, ustedes comprenden, sorprenderle en medio de la acción de vestirse para la cena.

Lo pillé.

Estaba enteramente vestido, faltándole sólo ponerse el smoking. Llevaba una leve camisa de seda y su corbata negra estaba anudada hermosamente, toda ajustada con su cuidadosa atención usual al detalle de una perfecta adaptación.

He dicho que estaba enteramente vestido, excepto por la chaqueta. Vestido, sí, pero no calzado. Sus medias de seda negra y las lustrosas zapatillas de charol que solían acompañarlas yacían en el suelo cerca de él, donde estaba sentado, delante del espejo de la cómoda, en el momento de mi entrada cepillándose su pelo castaño rojizo, algo basto, pero muy decorativo, con un par, de cepillos de tropa guarnecidos de ebonita.

El pelo de Morley siempre había sido el mejor detalle de su general exterioridad. Era una mata de pelo magnífica, y de un color suficientemente raro para hacerlo llamativo a la vista, sin ser grotesco o siquiera especialmente conspicuo. Morley había procurado hacerse una primorosa raya esta noche en el sitio acostumbrado, un poquito a la derecha del punto medio de la frente. Se lo estaba alisando ahora, con los grandes cepillos de lomo negro; con las largas cerdas reposando, por decirlo así, en la parte de atrás de su cintura allí en la silla.

Con esas medias y zapatillas todavía no puestas, le vi los pies a Morley por primera vez en mi vida.

Y viéndolos, comprendí esos lavados al seco en el gimnasio cuando éramos compañeros de escuela, esa extraña singularidad de Morley que le llevaba a hacerse sus frotaciones con los zapatos de pista puestos. «Extraña singularidad», he dicho. La frase es bastante exacta, sirviendo para describir, me inclinaría a creer, esos pies, pies con bien desarrollados pulgares, semejantes a grandes y anchas manos; pies que había dejado para cubrir esta noche hasta el último cabo de su compostura para la cena, porque... bien, porque los había estado usando para abrocharse la camisa en el cuello, y hacer ese primoroso nudo con el lazo de su corbata de noche. Los estaba usando en este momento, en verdad, mientras yo le miraba, confuso, para sostener los grandes cepillos de tropa con que se arreglaba ese llamativo pelo suyo.

Le sorprendió, por supuesto, mi entrada con la bandeja -que yo procuraba no dejar caer - y al principio parecía incomodado, y entonces, fiel a su porte de toda la villa, Williamson Morley me sonrió, mostrando mucho los dientes, en el espejo.

-¡Oh... bueno! -dijo-. Eso es magnífico, Gerald. Pero, viejo, creo que voy a pedirte que aguantes mi vaso, con tu permiso. Cepillarse el pelo, comprendes... de esta manera, es una cosa. Tomar un coctel es, realmente, otra muy distinta.

Y entonces, de repente, me di cuenta, y ello por poco me hizo soltar esa bandeja al fin y al cabo, de por qué el padre de Morley le habla puesto, el nombre, de «Williamson».

Puse la bandeja sobre la mesa muy cuidadosamente, evitando los aturdidos ojos de Morley, hondamente avergonzado de mí mismo por lo que yo, su huésped, había hecho; nada, por supuesto, más lejos de mi pensamiento el que me encontrara con cosas como esto. Llené los vasos. Limpié unas cuantas gotas que había derramado sobre la superficie de la mesa donde había puesto la bandeja. Todo esto ocupó algún ratito, y durante todo este espacio de tiempo ni una vez miré en la dirección de Morley.

Y cuando, finalmente, le pasé el vaso y, mirándole, estoy seguro, con algo parecido a vergüenza en mis ojos, le deseaba «Buena Salud» a nuestra manera antillana de echar un trago, Morley necesitó mi mano con su vaso en ella cerca de su boca, pues las medias de seda negras y las lustrosas zapatillas de charol estaban en sus pies ya, y el leve sonrojo causado por su turbación había desaparecido enteramente de su sincero y bonachón rostro.

Y, consideré dentro mío que, fuere cual fuere el motivo de su singular mortificación, Douglas Morley le había honrado poniéndole el nombre de «Williamson». Porque Williamson Morley, como yo nunca había dudado, y dudaba en ese mismo momento más bien menos que antes, era un hombre más bueno que su padre... cualquiera que sea el modo como uno quiera entenderlo.

Williamson. Henry S. Whitehead

Trad Leoncio Sureda Guytó

El poblado de los muertos. Narraciones Géminis de terror 21

Ediciones Géminis, 1969